



Hermann Hesse tituló *Lektüre für Minuten* un impreso privado con el que pretendía aliviar un tanto su obligación de responder a numerosas felicitaciones, cartas y regalos. Se trataba de una recopilación de 39 pensamientos extraídos de los libros de Hesse y anotados por un lector. La existencia de este impreso fue el estímulo y la legitimación ulterior de la presente edición ampliada.

En principio no se pensó en un libro de esta índole. Todas las citas acumuladas aquí formaban parte de una recopilación de material en la que se recogían expresiones características o dignas de tener en cuenta y que llamaron la atención al preparar la edición de las obras completas de Hesse y al estudiar su obra póstuma, con más de 3000 reseñas, cientos de fascículos e incontables cartas. Fue la reacción de la prensa de habla alemana ante el sobrecogedor renacimiento de Hesse en los Estados Unidos lo que mostró la necesidad de publicar una selección de este material.

Esta recopilación resume en sus 550 citas, ordenadas por temas, la esencia del pensamiento de las obras de Hesse. Al hacer la primera lectura nos sorprendió la continuidad que revelaban estos pensamientos expresados en lugares muy diferentes y durante etapas y circunstancias de la vida muy distintas. Incluso allí donde se contradicen, no son contradicciones del autor, sino polaridades del problema visto por el temperamento de Hesse.

## Política

En todo el mundo los políticos son muy partidarios de la revolución, de la razón y de deponer las armas, pero ¡sólo tratándose del enemigo, no de uno mismo!

(1)

¿Por qué sólo se es partidario de la autodeterminación de los pueblos allí donde se espera sacar provecho de ello?

(2)

Nadie pensaba en una guerra, se aumentaba el armamento sólo por si acaso, porque los ricos ven con agrado muros de hierro alrededor de su dinero.

(3)

Toda la Historia mundial parece girar alrededor de propósitos, ideas o transformaciones del mundo que muy pronto resulta que no se pensaban tan en serio. Ayer se estaba lleno de nobles sentimientos, pero hoy se puede estar de otra manera, esto es lo más desolador.

(4)

Los que desean la guerra, la preparan y por medio de vagas promesas de una paz venidera o creando el miedo a invasiones intentan convertirnos en colaboradores de sus planes, son amenaza para nuestro mundo y para cualquier tipo de paz.

(5)

La guerra no hace avanzar al mundo, sólo empuja, entrega pasajeramente nuevas metas a las pasiones, y después, tarde o temprano, volverá a aparecer la miseria social, grande y terrible como antes.

(6)

El patriotismo coloca en lugar del individuo un complejo mayor. Pero sólo es valorado cabalmente como virtud cuando empiezan los tiros.

(7)

Me gusta ser patriota, pero antes soy hombre, y cuando ambas cosas no se compaginan le doy siempre la razón al hombre.

(8)

Así como el soldado muerto es la eterna repetición de un error, así deberá repetirse la verdad en mil formas, siempre y eternamente.

(9)

Nadie es culpable. Se dispara e incendia hasta dejar al mundo en ruinas y al mismo tiempo se es completamente inocente. Se es «exponente» o «factor» o alguna otra cosa ingeniosa, pero no un ser humano, moral, puesto bajo la ley de Dios, responsable ante él. No doy ni un penique por todo ello.

(10)

Un cobarde, el que elude los esfuerzos, los sacrificios y peligros que tiene que afrontar su pueblo. Pero no menos cobarde, y traidor por añadidura, es quien traiciona los principios de la vida espiritual por intereses materiales, por ejemplo, el que está dispuesto a permitir que los que ostentan el poder decidan cuánto son dos por dos. Es traición sacrifi-

car el sentido de la verdad, la honradez intelectual, la fidelidad a las leyes y métodos del espíritu en aras de cualquier otro interés, incluso los de la patria. Cuando en la lucha de intereses y consignas se pone la verdad en peligro de quedar tan desvalorizada, desfigurada y violentada como queda el individuo, entonces nuestra única obligación es oponernos y salvar la verdad, es decir el ansia de verdad, y erigirlo en nuestro máximo artículo de fe.

(11)

Es mejor soportar injusticias que cometerlas. Está mal querer realizar los deseos con medios ilícitos. Esto para los generales son tonterías, y los hombres de Estado se ríen de ello, pero así y todo son viejas y acreditadas verdades.

(12)

Una guerra no cae del cielo; como cualquier otra empresa humana, hay que prepararla, necesita de los cuidados y de la colaboración de muchos para llegar a ser posible y real. Pero la desean, la preparan y la sugieren aquellos hombres y fuerzas a los que proporciona alguna ventaja. O bien les aporta beneficios en dinero contante y sonante, como a la industria de armamento (y en cuanto hay guerra ¡qué cantidad de pequeñas industrias, antes inofensivas, se convierten en negocios de armamento y con qué rapidez afluye a estos negocios el capital!) o bien les proporciona importancia, consideración y poder, como a los generales y comandantes sin trabajo.

(13)

Dos son las enfermedades del espíritu a las que debemos, en mi opinión, la situación actual de la humanidad: los delirios de grandeza de la técnica y los del nacionalismo. Ellos dan al mundo su fisonomía y su conciencia de sí mismo, ellos nos han deparado dos tierras junto con sus conse-

cuencias y, hasta que se desfoguen, harán madurar todavía otras consecuencias parecidas.

La oposición a ambas enfermedades del mundo es hoy en día la tarea y la justificación más importantes del espíritu sobre la tierra. Al servicio de esta oposición he estado durante toda mi vida, una gota de agua en la inmensidad del mar.

(14)

Encuentro que nuestra vida, la vida de un occidental de nuestros días, es tan abominable que sólo pueden soportarla zoquetes, idiotas, gente sin nervio, sin gusto, sin delicadas vibraciones; el «heroísmo» es también el ideal de estos tiempos y acaba a cuarenta grados bajo cero en las trincheras. No, los seres humanos soportan esta vida sólo porque ya se han desacostumbrado a los más delicados, y entre ellos los mejores y más bellos, dones del hombre.

(15)

Cuanto más sean los individuos que consigan observar el teatro del mundo con tranquilidad y actitud crítica, tanto menor será el peligro de las grandes locuras de masas, en cabeza el de la guerra.

(16)

Hoy no está la razón política en el mismo lugar donde se halla el poder. Es preciso que exista una afluencia de inteligencia e intuición desde círculos no oficiales si se quieren evitar o atenuar catástrofes.

(17)

¡Buen provecho les haga a aquellos ingenuos que pudieron amarse a sí mismos y odiar a sus enemigos, a aquellos patriotas que nunca necesitaron dudar de sí mismos porque nunca tuvieron, ni en lo más mínimo, la culpa de la miseria y desgracias de su país, sino, naturalmente, los franceses,

los rusos o los judíos, da igual quién, en todo caso un tercero, un «enemigo»! Quizás estos hombres, nueve décimas partes de los vivientes, fueran verdaderamente felices con su bárbara religión primitiva, quizás vivieron envidiablemente alegres en su coraza de estupidez o de enemistad profundamente astuta hacia el acto de pensar.

(18)

El heroísmo, que resulta tan bien en los partes del día y en los comunicados de victoria, es un sentimentalismo. Cuando un vencido y un desdichado se quita la vida a los pies de su bandera, o cuando uno que ha tenido mala suerte no quiere saber nada más de la amistad, del amor y del bien, porque, según su opinión, le han dejado en la estacada, se trata de un comportamiento que sólo puede sobrecoger a los espectadores de una obra de teatro. Rechinar los dientes no es heroísmo, y nada más lastimoso que consolarse pensando en futuras revanchas, con el puño cerrado en el bolsillo.

(19)

Es sabido que los atavismos más crasos sienten la necesidad más impetuosa de cubrirse con un ropaje de modernidad y progreso.

(20)

Aunque sólo sea por cortos períodos de tiempo, considero posible en diversos países, no sólo de Europa, una recaída de masas en la sugestión fascista. Cuanto más valor y más posibilidades de actuación pierden la personalidad individual y la familia en los Estados modernos, y son sustituidos por colectividad y unificación, tanto mayor es el peligro.

(21)

El experimento fascista es un experimento retrógrado, inútil, disparatado y bajo; el experimento comunista, en cam-

bio, tenía que hacerlo la humanidad y, a pesar de su triste atascamiento en lo inhumano, deberá ser repetido una y otra vez para conseguir, no la estúpida «dictadura del proletariado», sino algo así como justicia y hermandad entre burguesía y proletariado. Cosa que, ante la semejanza de métodos con que actúan fascismo y comunismo, se olvida fácilmente.

(22)

Para gobernar no es imprescindible ser estúpido y brutal, como pensaron en tiempos algunos intelectuales fatuos, pero sí se necesita sentir una inquebrantable complacencia ante una actividad dirigida hacia afuera, una pasión por identificarse con fines y medios, y también una cierta falta de escrúpulos en la elección de caminos que conduzcan al éxito. Todo ello cualidades que no debe poseer un sabio, y que de hecho no posee, pues para él tiene más importancia la observación que la acción. En la elección de medios y métodos para llegar a su fin, ha aprendido a ser todo lo escrupuloso y desconfiado que le es posible.

(23)

El hombre primitivo odia aquello ante lo que siente temor, y en algunos rincones de su alma también el hombre civilizado y educado es primitivo. Así, el odio de pueblos y razas hacia otros pueblos y otras razas descansa, no en la superioridad y la fuerza, sino en la inseguridad y en la debilidad. Un ser verdaderamente superior, un verdadero señor, compadecerá, quizás alguna vez lo desprecie, pero nunca odia al ser al cual se sabe superior.

(24)

A menudo la Historia no me parece otra cosa que un libro de estampas que refleja el más fuerte y ciego anhelo del hombre: el anhelo de olvidar. ¿No destruye cada generación, utilizando los métodos de la prohibición, del silencio

absoluto y de la burla, siempre precisamente aquello que a la generación anterior le parecía lo más importante? ¿No acabamos de vivir que pueblos enteros olvidan durante años, desmienten, reprimen y hacen desaparecer por encanto una guerra terrible, de años de duración, horrorosa, y que estos mismos pueblos ahora, en cuanto han descansado un poco, con ayuda de novelas emocionantes, vuelven a intentar recordar aquello que hace algunos años ellos mismos organizaron y sufrieron?

(25)

Por todas partes se busca la «libertad» y la «felicidad» en algún lugar tras de nosotros, de puro miedo a que se nos recuerde la propia responsabilidad, nuestro propio camino. Durante unos años se bebe y se festeja y después nos arrastramos y nos convertimos en personas serias al servicio del Estado.

(26)

Todo hombre es algo personal y único, y querer colocar en lugar de la conciencia personal una colectiva, es lo que se llama abuso y el primer paso hacia todo lo totalitario.

(27)

Muchas veces he visto cómo una sala llena de hombres, una ciudad llena de hombres, un país lleno de hombres caían en ese éxtasis y vértigo que convierten a una multitud de individuos en una sola unidad, una masa homogénea; he visto cómo todo lo individual se apaga y como el entusiasmo que provoca la conformidad de pareceres, la confluencia de todos los instintos en un instinto de masas, llena a cien, mil o millones de un sentimiento de superioridad, de un deseo de entrega, de un desprendimiento de la propia personalidad y de un heroísmo que en un principio se manifiesta en llamadas, gritos, escenas de confraternidad con emoción y lágrimas y finalmente acaba en guerra, locu-

ra y ríos de sangre. Mi instinto de individualista y de artista me ha prevenido continuamente contra esta capacidad del hombre de embriagarse con el sufrimiento común, el orgullo común, el odio común, el honor común. Cuando en una sala, un pueblo, una ciudad o un país se hace patente este sofocante sentimiento de entusiasmo, me vuelvo frío y desconfiado; entonces me recorre un temblor y veo ya la sangre fluir, las ciudades en llamas, mientras la mayoría de mis conciudadanos, con lágrimas de entusiasmo y profunda emoción en los ojos, están aún ocupados en aclamar y confraternizar.

(28)

No creo en una humanidad «mejor», yo no creo que nunca mejor o peor, es siempre igual. Pero las irrupciones de lo demoníaco en lo humano suceden en épocas, no sólo ocultas entre criminales y psicópatas sino que a veces abiertamente y a lo grande, hacen política y arrastran a pueblos enteros.

(29)

Observo, no ya con verdadera intención de comprender, sino sólo con asombro, cómo los instintos políticos más pueriles y más bovinos adoptan el nombre de «ideologías», etc., cómo incluso toman los modales propios de una religión. Estos sistemas tienen en común con el socialismo marxista, aunque éste sea muchísimo más espiritual, la consideración del hombre como casi ilimitadamente politizable, lo cual el hombre no es, considero que las convulsiones del mundo actual son en su mayoría consecuencia de este error.

(30)

En el transcurso de mi desarrollo no he rehuído los problemas de mi tiempo, como opinan mis críticos políticos, ni he vivido en una torre de marfil, pero el primero y más can-

dente de mis problemas nunca fue el Estado, la sociedad o la Iglesia, sino cada hombre por separado, la personalidad, el individuo único y no normalizado.

(31)

Comprendo y apruebo que un hombre exija mucho de sí mismo, pero cuando amplía esta exigencia a otros y convierte su vida en «lucha» por el bien, me abstengo de todo juicio, pues no espero lo más mínimo de la lucha, de la acción ni de la oposición. Creo saber que toda voluntad de transformar el mundo conduce a la guerra y la violencia y por eso no me puedo solidarizar con ninguna oposición, pues no apruebo sus últimas consecuencias y considero incurables la injusticia y la maldad del mundo.

Lo que si podemos y debemos transformar somos nosotros mismos; nuestra impaciencia, nuestro egoísmo (también el espiritual), nuestro sentimiento de estar ofendidos. Nuestra falta de amor y tolerancia. Cualquier otra transformación del mundo, incluso cuando brota de las mejores intenciones, la considero inútil.

(32)

El contacto con la rudeza y la envidia, la alegría ante el mal ajeno y el odio, a veces incomprensible, en el mundo que nos rodea, resulta siempre repulsivo, a pesar de que deberíamos saber que la mayoría de los hombres no lo son sino a medias y que entre ellos abundan las bestias. Tan rodeados y amenazados estamos por la bajeza como por la muerte. Y esa repulsión responde seguramente a que, aunque no pagamos bajeza con bajeza, sabemos y sospechamos en secreto que las condiciones de vida de la mayoría de los hombres son indignas y necesariamente, por su naturaleza, tienen que engendrar maldad, y que nosotros, algo mejor educados, formados y mimados, ocultamente sí tenemos participación en los horrores de la situación.

(33)

Pienso que el comunismo no sólo está justificado sino que es natural —surgiría y vencería aunque todos estuvieran en contra—. Quien hoy está de parte del comunismo, afirma el futuro. Pero seguramente se preguntara usted: por qué yo, que creo en la verdad del comunismo y que soy partidario de los oprimidos, no intervengo en lucha con ellos y pongo mi pluma al servicio de su partido. Contestar a esto es ya más difícil, pues se trata de cosas que para mí son sagradas y rigurosas y que para usted casi no existen. Rechazo de plano y por completo hacerme miembro del partido y poner mi trabajo de escritor al servicio de un programa, aunque la perspectiva de hermandad y de camaradería, de comunidad con un mundo de correligionarios, sería suficientemente atractiva.

(34)

Creo en el comunismo como programa para la futura hora del mundo, lo considero indispensable e ineludible. Pero no por ello creo que el comunismo tenga mejores respuestas para las grandes cuestiones vitales que cualquier otra ideología anterior. Creo que después de cien años de teoría y después del gran intento ruso, ahora no sólo tiene el derecho, sino la obligación de realizarse en el mundo, y creo y espero sinceramente que conseguirá hacer desaparecer el hambre del mundo y aliviarle así de una gran pesadilla. Pero no creo que con ello se haya realizado lo que las religiones, leyes y filosofías de otros siglos no consiguieron. Que el comunismo, más allá de la proclamación del derecho de cada hombre al pan y respeto a su persona, tenga razón y sea mejor que cualquier otro credo anterior, eso no lo creo. Tiene sus raíces en el siglo XIX, en medio del campo del más árido y oscuro dominio de la razón de un profesorado sabihondo, sin fantasía, ni amor.

(35)

No disuado a nadie de que se integre en un partido, pero a todos les digo que si lo hacen a edad demasiado temprana corren el peligro de vender su propio juicio a cambio de la ventaja de estar rodeados de camaradas, pero también —y eso se lo digo a mis propios hijos— que pertenecer a un partido y a un programa no debe ser un juego, sino que ha de tener validez completa: que el que es partidario de la revolución no sólo tiene que entregarse cuerpo y alma, sino también estar dispuesto y ser capaz de matar y de usar la ametralladora y el gas.

(36)

El fascismo y el bolchevismo son hermanos enemigos, pero al fin y al cabo hermanos, y donde crece el uno abona el campo para el otro y conjura su presencia.

(37)

Lo político no me interesa; si no, hace mucho tiempo que sería revolucionario.

(38)

La diferencia entre Marx y yo, dejando aparte las dimensiones mucho mayores de Marx, es que Marx quiere transformar el mundo, yo al hombre en particular. Él se dirige a las masas, yo a los individuos.

(39)

Probablemente el futuro es del comunismo. Otra cuestión es cuánto vaya a durar ese futuro. En el año 1500 el futuro era palpablemente del protestantismo.

(40)

Confesarse comunista significa, para quien se exige cuentas intelectuales, preguntarse: ¿Quiero y apruebo la revolución? ¿Puedo decir que sí a que se maten hombres para que a otros, quizá, les vayan algo mejor las cosas? Ahí está

el problema intelectual. Yo no me reconozco el derecho a la revolución y a matar. Lo cual no impide que considere inocente al pueblo que aquí o allá mata o estalla en desesperación e ira. Pero yo mismo no sería inocente si formara parte de ella, ya que traicionaría uno de los pocos principios indispensablemente sagrados que tengo.

(41)

Revolución no es otra cosa que guerra; es, como ésta, una «continuación de la política por otros medios».

(42)

Mientras el comunismo no adopte como meta algo así como la distribución de poder y bienes entre todos, sino la «dictadura del proletariado», será, comparado con Marx, un paso atrás, y mientras el beneficiario no sea el pueblo, sino el pequeño grupito de bonzos, mejor es no seguir hablando de él.

(43)

La mayoría de los hombres no tienen credo político propio, sino el de su casta; tanto los capitalistas como los socialistas son, en su noventa y nueve por ciento, partidarios de opiniones para cuyo examen no les alcanza su inteligencia.

(44)

La igualación, por bienintencionada que sea, va contra la naturaleza. Conduce al fanatismo y a la guerra.

(45)

Hoy en día ocurre con lo social, con el culto a la comunidad y a lo colectivo, que precisamente los egoístas y enfermos morales se refugian con máximo ardor en teorías sociales y alianzas que, al igual que nosotros, a quienes nos tachan de sospechosos, entienden lo social, esto es, la obligación de integrarnos y el ideal del amor, como un supuesto previo.

(46)

A lo largo de mi vida, que ha sido rica en contactos con hombres de muchos países, he conocido un número muy reducido de hombres cuyas opiniones políticas se diferenciaran realmente de las de los artículos periodísticos que leían. Por eso me inclino a no reconocer la opinión política de alguien como un rasgo auténtico de su personalidad y no me intereso mucho más por lo que hay detrás de esa opinión, por el hombre mismo.

(47)

Tienes razón al decir que estamos indefensos ante el Estado y poderes semejantes. Pero, según mi opinión, estás completamente equivocado cuando de ello concluyes que deberíamos responder defendiéndonos «sin escrúpulos». Precisamente eso es lo que no debemos hacer: quejarnos del mundo porque no tiene escrúpulos y actuar de la misma manera. Precisamente ése es nuestro privilegio y nuestra nobleza, que tenemos escrúpulos, que no pensamos que todo está permitido, que además no colaboramos odiando, matando y haciendo toda clase de bajezas.

El gesto grosero «me cago en todo» no lo habéis inventado vosotros los primeros. Ha aparecido más de cien veces en la historia; cabe soportarlo, cabe comprenderlo como reacción de gentes débiles y mal educadas frente a un abuso cruel, pero aprobarlo y tenerlo por correcto, eso no se puede.

(48)

Que los obreros maten a los fabricantes o que alemanes y rusos se disparen entre sí, sólo es un cambio de dueños.

(49)

Persona y programa no son lo mismo. Se puede sentir más ilusión por los adversarios, o incluso por los enemigos declarados, se pueden aprender más cosas buenas de ellos